

Xabier López López

MAX & FRANZ

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

Reunido el jurado de la XXVI edición del Premio de Novela Breve Juan March Cencillo, formado por don Manuel Borrás, don Fernando G. Corugedo (secretario), don Javier Goñi, don José Luis de Juan y don José Carlos Llop (presidente) ha considerado, por mayoría, novela ganadora de este año *Max & Franz*, de don Xabier López López.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Imagen de la cubierta: *Praga de noche*, © M. Ramírez

1ª edición: agosto de 2018

© Xabier López López, 2018

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2018

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

en coedición con:

FUNDACIÓN BARTOLOMÉ MARCH SERVERA



IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-17143-69-5

DEPÓSITO LEGAL: V-2030-2018

IMPRESO EN GZ PRINTEK

Un pequeño recibió como única herencia un gato, y gracias a él llegó a ser alcalde de Londres. ¿Qué llegaré a ser yo gracias a mi animal, a mi herencia? ¿Por dónde se extiende la inmensa ciudad?

FRANZ KAFKA, *Cuaderno en octavo D*

Todo el mundo puede condolerse del fracaso de un amigo, mas hay que tener una naturaleza realmente excepcional para alegrarse de su éxito.

OSCAR WILDE

Mi nombre es... Max Brod. Probablemente –y corrijo: tengo la más completa seguridad– esto no diga absolutamente nada al noventa y nueve coma nueve por ciento de la población del planeta. Empero, si voy y doy un paso más y busco la relación con Franz Kafka, añadiendo que fui su mejor amigo y el hombre a quien confió la suerte última de sus escritos, acaso la cosa cambie substancialmente. Porque bien saben ustedes quién es Franz Kafka, ¿no es así? O mucho me equivoco, o existe cierta unanimidad, y no sólo académica, a la hora de considerar que una biblioteca que no cuente con alguno de sus textos pasa inmediatamente a la categoría de biblioteca incompleta, y sé por propia experiencia que el cine, el mejor caleidoscopio para cribar lo que merece salvarse de este siglo hemorrágico y convulso, ya se ha interesado por llevar a la pantalla buena parte de sus historias. (Otra cosa es el acierto del señor Wells con esa puerta enorme y ese atolondrado muchacho que...)

A lo de antes: creo que no debo insistir demasiado en este punto. No. No demasiado. Soy Max Brod, el mejor amigo de Franz Kafka, y sobre mis hombros recae la grave responsabilidad de haber sido el hombre a quien confió la última suerte de sus escritos. Soy Max Brod (si lo prefieren, ese escasamente opaco *M.B.* de algunas dedicatorias) y resulta que ahora estoy aquí, en la Tierra Prometida, cómodamente instalado en un pequeño apartamento, irremediablemente confundido con ese viejo melancólico, orejudo y desconcertado que se obstina en contarme otra vez desde el espejo —aunque en esta ocasión con una claridad que llega a intimidarme— todo lo que sucedió aquel otoño (otoño del año 24, el 5681 tras la Génesis del Mundo), para bien y para mal unos días que pueden explicarlo todo, y, cuando digo todo, digo *realmente* una vida entera.

¿Saben? Hace tiempo que llegué a la conclusión de que la única manera eficaz de acallar las voces esas que nos traspasan es pisarlas con los martillitos —tac-tarac-tac— de una máquina de escribir y así poder gozar, al menos, de la sensación de que es nuestra mano la que realmente mantiene el rumbo. Por tanto no debe extrañar demasiado que, en el deseo de anticiparme, a veces sufra la tentación de introducir una hoja en el rodillo de la Underwood, acercar los codos al canto de la mesa y ponerme a escribir quién sabe si algo parecido a esto:

“Una mañana, después de un sueño intranquilo, Max Brod despertó transformado en un monstruoso ser

humano. Martilleaba pertinaz la lluvia en los tejados, y por la cortina, sucia y acartonada, trepaba esa suerte de luz verdosa con la que el hombre, aun el más despreocupado, termina por cobrar conciencia de que habrá de llegar un día que se pueda llamar el día de su muerte.”

Sin embargo, no es enteramente exacto que la cosa comenzase entre las sábanas, una mañana lluviosa, y mucho menos a unas horas en las que uno no puede asomarse a la ventana, so pena de levantar todo tipo de suspicacias, y atreverse a exigir silencio a unos barrenderos, a unas lecheras o a unos vociferantes escolares camino de la escuela que ya desaparecieron de las calles hace tiempo. Claro que tampoco en sus más inmediatos prolegómenos, y con eso me refiero a esa madrugada sin fondo con la virtud de resurgir tanto tiempo después, con tanta fuerza, y de arreglárselas para evocar la exacta medida de mis excesos de aquella noche: vino, cerveza, tabaco, ron, y todo esto, téngase en cuenta, en cantidades propicias para dejarme en carne viva la garganta y hacerme perder la voz por completo.

Es obvio que todo comenzó tiempo atrás. Pongamos por caso en el mismo momento en que, escondiendo la mirada en el fondo de una taza de té, empecé a buscar los argumentos con los que convencer a Elsa, mi esposa, de la oportunidad de anular el viaje de regreso a casa y quedarnos en el balneario durante unos días más, tal vez algunas semanas. El horizonte era, desde luego, hartamente apetecible, ¿no estaba de acuerdo?

Los baños, los paseos, el sol de la mañana, el aperitivo, las comidas, las siestas, las animadas charlas al declinar la tarde...

¿Quién nos prohibía prorrogar durante un tiempo las gozosas rutinas del verano? ¿Pasaba algo realmente importante si nos premiábamos con unos días más olvidándonos de todo y de todos? Además, ¿qué se nos perdía en verdad en Praga? ¿No era cierto que la maldita ciudad iba a estar ahí, piedra sobre piedra, cuando volviésemos?

—¿Y qué sucede con la oficina? —me preguntó.

—¡Oh! —le dije—. ¿No crees que me adeudan más de una gratificación por los servicios prestados? Con bajar a la estafeta de correos y telégrafos y mandar un cable solicitando un permiso...

Sí, todo comenzó tiempo atrás. Y bien sea allí, en aquel mismo momento, juzgando la reacción de mi mujer ante semejante proposición, en todo impropia de mí, o tal vez, satisfecho ya en recepción un mes adicional de estancia, cuando me decidí a aparecer en el comedor así, tan teatral —el dorso de la mano sobre la frente— comunicándole que *severas necesidades de servicio* obligaban a la compañía a denegar mi solicitud de excedencia, agitando en el aire, con el cuidado de preservar su contenido, aquel telegrama que comunicaba, precisamente, todo lo contrario.

Fuese como fuere —y no cabe descartar la posibilidad de que ninguno de los momentos señalados se trate

con certeza del verdadero inicio—, nada aconseja eludir sin embargo aquella mañana, recién regresado a la ciudad, cuando, tras un sueño intranquilo por culpa de una madrugada dada a ciertos excesos, acerté a verme transformado en un *monstruoso ser humano*.

¿Que cómo interpretar...?

Pues acaso, quién sabe, como un individuo que ha perdido su forma humana y brinda la imagen deformada de su humanidad —vengan aquí el Quasimodo de Hugo, el Ricardo III de Shakespeare, los enanos hidrocefálicos que todavía se exhibían por entonces en algunos teatros de variedades— o tal vez, alternativa esta que parece anticipar el espejo, como un hombre, un ser humano, que concentra en grado superlativo todos los vicios y defectos, todas las virtudes, todas las taras de su humana-demasiado-humana condición.

Y era en ese momento, bien lo recuerdo, cuando llegaba el dilema: ¿Es la culpa patrimonio exclusivo del ser humano? ¿Lo son las dudas? ¿Los remordimientos? Lo que parece estar fuera de toda discusión es que no deja de ser humano-demasiado-humano el lamento, el miedo, la incertidumbre, por encima de todo eso, ciñéndolo como un grillete de espinas, el desasosiego en el que se entrelazan la autocensura, la angustia y cierta sensación de desgobierno.

Por partes.

Lamento por la resaca.